



ría maniobrando por los flancos, lo repelieron definitivamente y desbarataron. Sus baterías, protegiendo la fuga, pudieron solamente evitar una completa destrucción en aquella desbandada.

Siguieron ambos ejércitos sobre el campo de batalla mirándose frente á frente, sin emprender, rendidos á la fatiga, ningún movimiento. Al día siguiente los franceses levantaron su campo y repasaron abatidos el Alberche, renunciando á disputar más el laurel de la victoria al ejército aliado. Dejaban en aquellos campos siete mil cuatrocientos hombres, entre ellos dos generales, y diez y siete piezas de artillería. ¡Triste consuelo era para tan grande pérdida que no fuese menor la del enemigo! En ella sólo tuvieron los españoles mil doscientas bajas, porque, como se ha visto las fuerzas de los franceses cargaron principalmente contra la izquierda de la línea, ocupada por los ingleses. Cuando á los nuestros tocó su vez pelearon con bravura, particularmente el 28, distinguiéndose la artillería. A los que cejaron el primer día quiso Cuesta diezmarlos, y llevaba ya fusilados cincuenta infelices soldados cuando Wellesley arrancó el perdón á aquel corazón endurecido. El, que había expuesto todo su ejército á una destrucción completa veinticuatro horas antes, intentaba castigar cruelmente una falta, no de cobardía, sino de indisciplina, cuya responsabilidad pesaba sobre generales y sucesos anteriores.

Su grave indiscreción ó temeridad se olvidó, sin embargo, por la central, la cual sólo tuvo presente su comportamiento sobre el campo de batalla para condecorarlo con la gran cruz de Carlos III. A Wellesley lo elevó á la dignidad de capitán general de los ejércitos españoles, que rehusó, según las leyes de su nación, admitiendo únicamente de ella la de par á que lo ensalzó Inglaterra con el título de lord vizconde de Wellington de Talavera, con el cual fué después designado siempre. La regencia del reino más adelante (Diciembre de 1810) se acordó de que los soldados habían derramado también su sangre abundantemente, y les distribuyó una cruz de distinción con este recuerdo tan glorioso como estéril: «Talavera 28 de Junio de 1809.»

Escasos fueron, en efecto, los frutos de esta sangrienta batalla. Marchando sin descanso tras el enemigo, haciendo concurrir á su persecución las tropas de Venegas, era probable arrollarlo fácilmente en un segundo encuentro y penetrar en Madrid, que era el objeto de la campaña, antes de que Soult venciese la resistencia que podría oponerle una división en el paso del Alberche y del Guadarrama. Wellington, metido en Talavera, no lo hizo, ó porque considerase al enemigo vencido mas no derrotado, ó lo que es más probable por su poca armonía con Cuesta. La razón que manifestó fué la falta de víveres, sin considerar que más se podía prometer su remedio de otros pueblos no tan abrumados y ahora entusiasmados por la victoria, que permaneciendo en un país oprimido con el peso enorme de más de cien mil hombres. Sin obstáculo, pues, se retiraron los franceses hácia la corte, colocándose José con el 4.º cuerpo y la reserva el 31 en Illescas, y destacando dos fuerzas, una á Toledo, amenazado por gente de Venegas, y otra, el ejército de Víctor, á Maqueda y Santa Cruz de Retamar, para contener á Wilson, á quien suponían más fuerte.

Generalmente se atribuyó este abandono á la aproximación de Soult al puerto de Baños, en la cordillera que separa á Castilla de Extremadura, donde estaba para defenderlo el marqués del Reino con sólo cuatro batallones. Wellington pudo conseguir que Cuesta se desprendiese de la división de Bassecour para reforzarlo; pero antes de que saliese, ya el francés había entrado en Plasencia (1.º de Agosto), habiéndose llegado el marqués sobre el Tietar. Llegaba tan tarde Soult por no haber recibido la orden de avanzar hasta el día 27 y estar en Zamora demasiado distante del punto á que se le llamaba.

Wellington entonces, temiendo verse de un momento á otro atacado en Talavera en medio de dos fuegos, salió de su culpable inacción (2 de Agosto) para parapetarse en el Tajo dejando á Cuesta en aquel punto con encargo de contener á Víctor si se acercaba y proteger á los cinco mil heridos y enfermos que allí teníamos. Pasó el río por Puente del Arzobispo, y estable-



ció su cuartel general en Deleitosa, enviando una brigada á ocupar el paso de Almaraz. Se censuró este movimiento, que tenía apariencias de retirada; pero fué una consecuencia forzosa de la detención en Talavera: permanecer sería sobrado insensato; para avanzar sobre Madrid era ya tarde; y dirigirse contra Soult debía parecer bastante aventurado viniendo él con mayores fuerzas (cincuenta mil hombres) y frescas.

Cuesta, que censuraba el movimiento, abandonó su posición sin que Víctor lo atacase ni cuidar de los heridos, para incorporarse á Wellesley antes de que traspusiese el río, en Orpesa, y excitarle insensatamente á librar allí la batalla. Viendo que eran vanos sus esfuerzos, pasó también el Tajo (día 5), dejando en Puente del Arzobispo á Bassecour y en Azután al duque de Alburquerque para impedir su paso.

Apenas había acabado de establecer estos destacamentos, los ejércitos de Víctor y Soult se pusieron en contacto hácia Talavera, y se dirigieron en pos de los fugitivos al Tajo, ansiosos de desquitar el reciente descalabro. Mortier, hallando á los nuestros sin las debidas precauciones, los arrolló en el Puente del Arzobispo, haciendo antes cruzar un vado á ochocientos caballos, que fueron á acometerlos por la espalda. No sólo perdieron los españoles el paso, con la artillería y los equipajes, sino que en la retirada fué acuchillándolos el enemigo por espacio de dos leguas. Cuesta irritado hizo la dimisión del mando.

Por fortuna los franceses desistieron de avanzar temiendo levantamientos en Castilla, por tener en ella las guarniciones muy escasas y á causa de haber recibido comunicaciones del emperador desaprobando el que se intentase ninguna empresa grave hasta la llegada de algunos refuerzos que mandaba del Norte. Soult fué destinado á Plasencia, Mortier á Talavera, y Ney marchó á Salamanca para contener al duque del Parque.

Al llegar éste al puerto de Baños se encontró inesperadamente con Wilson, quien, después de haber corrido hasta Béjar casi perdido, sin noticias de sus jefes, iba ahora á buscarlos camino de Plasencia. Los cuatro mil hombres que llevaba entre ingleses, portugueses y espa-

ñoles se batieron largo trecho con gran valor, particularmente los últimos que estaban más avanzados. Su número, empero, era demasiado inferior, y al fin tuvieron que enriscarse dispersándose en las fragosidades de la tierra para salvarse.

¿Qué había sido entretanto del ejército que viniera desde la Mancha en pos de Sebastiani para cooperar á la campaña de Talavera hasta la margen izquierda del Tajo? Era tal vez el más brillante de España, y á pesar de eso ni conquistó laureles ni hizo cosa que honrase su nombre. Componiase, como ya hemos dicho, de treinta y dos mil hombres en cinco divisiones, que Venegas, su general, al acercarse al río, dividió, enviando, unos á Toledo, otros á Aranjuez (29 de Julio). Dueño de este paso, fácil le hubiera sido caer sobre la corte, conmovida con la ausencia de José y la aproximación de Wilson á Navalcarnero. No lo hizo por un exceso de circunspección, que ni la victoria de Talavera le estimuló á alterar.

Así permaneció inmóvil hasta el día en que tuvo aviso de la retirada del ejército aliado á la izquierda del Tajo. Entonces se propuso defender aquel paso, y lo verificó (5 de Agosto) con firmeza en los tres puentes de la Reina, Barcas y Verde, que el enemigo atacó simultáneamente con empeño.

Rechazado por aquella parte, se movió por la de Toledo, haciendo temer á Venegas que pudiera ser atacado por la espalda. Confirmáronse sus sospechas con la noticia de haber pasado allí y en Añover el día 9 una fuerte división francesa el Tajo, y al punto marchó á su encuentro, trasladando toda su gente á Almonacid. Creía que sólo eran catorce mil los contrarios, y subían á treinta mil, pues se habían reunido los cuerpos de Sebastiani y José. Trabóse la batalla el día 11 de madrugada. Cejó nuestra izquierda en el primer ímpetu del enemigo; pero se repuso luego con el socorro de Lacy. El centro, flaqueando una división, inutilizó los esfuerzos de otra que la acompañaba, y cuando José cargó contra ella, el cerro del castillo cayó en su poder. Desde aquel momento pensó Venegas ejecutar la retirada, porque una parte de su ejército quedaba muy



comprometida. La emprendió llevando en tal estado de desmoralizacion sus soldados, que la voladura de un carro de municiones primero y despues, en Manzanares, la falsa voz de la intermediacion del enemigo, bastaron para originar una dispersion horrible que no se detuvo hasta Somosierra. Quedaron de los españoles en el campo cuatro mil hombres: de los franceses la mitad.

Así por todas partes con igual desgracia vino á terminar la nombrada campaña de Talavera, tan estéril en ventajas como copiosa fué en sangre y pudo serlo en glorias tambien. Wellington, que aún conservaba algun prestigio, fresca en la memoria la batalla del Alberche, acabó de perderlo al verle retroceder el 23 desde Jaraicejo hasta Badajoz, y repartir por sus inmediaciones y las fronteras de Portugal su ejército.

Disculpóse constantemente Wellington con la falta de subsistencias para sus tropas, llegando á ser esta una cuestion que agrió mucho los ánimos. La falta existía, sin duda, hija en parte de las circunstancias generales de la nacion, en parte de la grande acumulacion de gruesos ejércitos en el país que recorrió, y tambien del atraso de la administracion militar en España. La junta central no debió contentarse

con expedir órdenes á las juntas de las provincias ocupadas y enviar comisionados, más ó ménos entendidos y probos, porque el país nunca podria suministrar lo que no tenia. Pero tampoco los ingleses debieron desconocer la situacion de un pueblo en guerra universal, ni contar jamás con una asistencia mejor que la que habia tenido en Portugal, donde puede asegurarse que así regian su gobierno como mandaban sus tropas. Con razon orgullosos los españoles les mostraban sus soldados, aquejados de iguales privaciones, mal vestidos y maltratados, sufrir en silencio y resignacion lo que á ellos hacia exclamar con tanta acrimonia.

La llegada á Sevilla del hermano de Wellington, el marqués de Wellesley, como embajador de Inglaterra en reemplazo de Mr. Freyre, hizo esperar que se acabarían las quejas. Un plan se trazó en efecto de suministros entre la junta y el nuevo ministerio; pero éste al extenderlo creia hallarse en medio de una nacion tan adelantada como la suya, abundante en trasportes y comunicaciones, y aquélla, ó con malicia le dejó providenciar, ó olvidó que su poder no alcanzaba á vencer la fuerza de ciertas condiciones de su situacion y de la del país.

El ejército de la izquierda avanza á Ciudad-Rodrigo: primera defensa de Astorga: victoria de Tamames.—La junta central proyecta la reconquista de Madrid: Egüía reúne los ejércitos de Extremadura y la Mancha: se retira á Sierra-Morena, y es reemplazado por Areizaga: desastrosa batalla de Ocaña.—El duque del Parque vence en Medina del Campo, y es vencido en Alba de Tormes.—Triste perspectiva general de la guerra.

CAPÍTULO XXV

El éxito malaventurado de la campaña de Talavera produjo una paralización, aunque breve, entonces trascendental en las operaciones de la guerra. Se habian fundado tantas esperanzas en la union de los ejércitos aliados, que al verlos retirarse vencedores, se reanimó la natural prevencion del pueblo contra los extranjeros y el disculpable orgullo de lidiar y vencer con sólo nuestros esfuerzos. Difundieronse las guerrillas, y se fijaron todas las miradas en el ejército de la izquierda, salido de la insurreccion de Galicia y Asturias.

Cuando la Romana se separó de él en Astorga para ocupar un puesto en la junta central, pasó á Ciudad-Rodrigo á ponerse bajo las órdenes del duque del Parque. No iba completo, pues se habia quedado en los puertos de Manzanal y Fuencebadon, que separan al Bierzo de los llanos de Leon, una división, y la de Ballesteros en las montañas de Liébana rehaciéndose del desastre de Santander.

Los franceses, con objeto de distraer la atencion de nuestras fuerzas, se dividieron en dos cuerpos: el uno para seguir al Parque, y el otro para contener á las divisiones que dejaba

á su retaguardia. Mandaba el último el general Carrier, militar jactancioso, que se lisonjeó de poder atender á eso y rendir con sólo su presentacion á Astorga. Hizola el 9 de Octubre al frente de tres mil hombres con dos piezas de artillería. Reducíase la fortificacion de aquella antigua ciudad á unos muros con medios torreones de traza no muy ingeniosa y desmoronados á trechos por el tiempo. No tenia foso, estacada, ni resguardo alguno exterior, y además facilitaban el acceso tres barrios inmediatos al recinto. Sin embargo, el gobernador Santocildes, coronel del regimiento de Santiago, distribuyó oportunamente los ocho cañones que tenia, y los mil cien reclutas de que constaba la guarnicion; reforzó el recinto con los moradores, gente dócil y briosa; y cuando los franceses atacaron por la puerta del Obispo se encontraron con una inesperada resistencia. Niños y mujeres se presentaron en la muralla á rechazarlos. Carrier conoció entonces que su fuerza era insuficiente para rendir un pueblo entusiasmado, y se alejó de su vista mal su grado á las cuatro horas de fuego.

El otro cuerpo francés, ausente Ney en